

respingo como lebreles al sonido de la bocina, le asieron cada uno de un brazo, diciendo:—Pronto, pronto, á la obligación!—y antes de que tuviera tiempo para saber lo que le pasaba, se halló en la estancia de la princesa.



V

STABA Quintilia reclinada sobre ricas alfombras, aspirando el aroma del sándalo en una larga pipa cubierta de pedrerías; su traje era como de costumbre, á la griega, pero de un lujo asiático. Sus vestidos de seda de la India con fondo blanco

bordado de flores, estaban recamados de infinitos adornos de piedras preciosas; su garganta y sus brazos deslumbraban con sus magníficos diamantes. Un gorro griego de terciopelo azul celeste, puesto de lado sobre sus largos cabellos des-trenzados, estaba bordado de perlas finas con rara perfección. Un riquísimo puñal brillaba en su faja de cachemira; dormía á sus pies un cervatillo domesticado del Ganges, alargado el hocico sobre una de sus sutiles patas. Apoyada en el codo y rodeándose del fragante humo del sándalo, la princesa, sólo entreabiertos los párpados, parecía sumergida en uno de aquellos éxtasis cuya serena dulzura saben saborear tan bien los pueblos de Levante. Empezó la Ginetta á prepararla el café y el paje á llenar su pipa, que ella le alargó con aire indolente, después de haberle hecho con la cabeza un casi im-

perceptible saludo amistoso. Saint-Julien permanecía en pie en medio de la estancia, absorto en su admiración, pero sin saber qué hacer ni qué decir.

Quintilia, dando un soplo á la nube de ópalo que ondulaba en torno suyo, distinguió en fin á su secretario que aguardaba con timidez sus órdenes.

—¡Ah!—¿eres tú, Giuliano?—dijo presentándole su hermosa mano;—¿estás bien en tu nueva habitación? ¿Te parece que he sido un buen factotum en tu pequeño palacio? Ya te llegará tu turno de trabajar en el mío; pero mañana hablaremos de eso, hoy quiero presentarte á mis cortesanos: procura no cortarte. ¿Veamos tu traje? anda un poco: ¿qué tal te parece, Ginetta?

—Pienso absolutamente como vuestra Alteza, señora.

—¿Y tú, Galeotto?

—Si esta señorita no hubiera dicho nada, yo hubiera dicho algo; pero no creo que se pueda dar una respuesta más ingeniosa que la que ella ha dado.

—Ginetta—dijo la princesa—te prohibo que hagas rabiarse á Galeotto; además—añadió viendo el aire triste y abatido de Saint-Julien,—esas niñerías no son del gusto del señor conde y será preciso que con él tengáis un poco á raya vuestra loca alegría.

—Señora—dijo Saint-Julien, que temió hacer el papel de un pedante—déjelos vuestra Alteza, yo se lo suplico, que ejerciten en mí su buen humor. Yo soy un lugareño sin gracia y sin talento; sus sarcasmos me formarán tal vez.

—Eso corre por cuenta de nuestra amistad—dijo Quintilia;—pero todavía no me has contado tu historia, hijo mío, y aún no sé por qué capricho de la suerte el señor conde de Saint-Julien me ha hecho el honor de seguirme al Friuli. Apostaría que en todo eso se encierra alguna aventura de amor, alguna gran pasión de novela acibarada por la inflexibilidad de un padre tirano; tu venida me huele á escapatoria. Sepamos, ragazzo (1), ¿qué calaverada hay de por medio? ¿por qué deuda de juego, por qué mortal desafío, por qué doncella robada ó seducida dijiste adiós á tu patria?

(1) Muchacho.—(N. del T.)

Esto diciendo, apoyó su pie, calzado de una media de seda azulada con bordados de plata, sobre el lomo de su atigrado cervatillo, y al tomar su pipa de manos del paje le besó en la frente con indolencia.

No turbó en lo más mínimo esta familiaridad á Galeotto, que parecía de todo punto resignado á su papel de niño, pero hizo sonrojarse al tímido Luis.

—Veamos—dijo la princesa sin advertirlo—aún nos queda una hora hasta que empiece el ceremonial; ¿quieres contar-nos tus aventuras?

—Más le valdría á vuestra Alteza, señora, mandarme leer un cuento de las *Mil y una noches* ó una novela de Cervantes, cualquiera de las cuales la divertiría mucho más que la de la desaliñada y tosca narración de las oscuras penas de un héroe tan vulgar como yo lo soy.

—Creo comprender tu repugnancia, Giuliano—repuso la princesa;—temes ser escuchado con indiferencia, pero te engañas; no trato de satisfacer una vana curiosidad sino de leer, si me es posible, en el fondo de tu corazón á fin de ilustrar mi amistad sobre los medios de hacerte feliz. Si dudas del interés con que vamos á oírte, aguarda á adquirir más confianza; á nosotros nos toca saber merecerla.

—Necio sería é ingrato, señora—respondió Saint-Julien—si dudase de la benevolencia de vuestra Alteza después de las bondades de que me ha colmado; creo también en la amistad de mi joven compañero y en la discreción de la señora Gina; además, no hay grandes misterios en mi historia y ciertamente no puede la publicidad ni agravar ni mitigar los infortunios domésticos que han herido mi corazón.

Cogió Galeotto de la mano á Saint-Julien y le hizo sentar sobre la alfombra, entre él y el cervatillo favorito; en seguida el joven conde comenzó su historia en estos términos:

«Nací en Normandía, de padres nobles, pero arruinados por la revolución del siglo pasado. Mi madre, al abandonar su patria, tuvo á gran fortuna poder confiar mi educación á un sacerdote, á quien en mejores tiempos había hecho importantes servicios y que, por gratitud, se encargó de mí. Seis años tenía yo cuando me instalaron en la rectoría, en una pobre aldea de mi patria. El cura era todavía joven, pero hombre austero y ferviente como un cristiano de los pri-

meros tiempos de la Iglesia: inteligente é instruído, complacía en extender el círculo de mis ideas en cuanto es posible hacerlo sin traspasar los límites sagrados de la fe. Juzgaba él todas las cosas humanas con severidad, pero con calma; sus principios eran inflexibles, y la suma pureza de su conciencia le daba el derecho de ser absoluto y firme con los malos; era poco accesible al entusiasmo, y sólo se exaltaba para anatematizar el vicio con palabras vehementes y arrancar la máscara á la vil hipocresía.

»Á pesar de esta noble sinceridad y del horror con que miraba todo maquiavelismo religioso, aquel hombre respetable era poco querido, porque pocos le comprendían. Acusábanle de intolerante y le confundían con los fanáticos que, bajo el hábito del levita, albergan el rencor y suspicaz acrimonia de los corazones ulcerados; pero eran injustos con él, yo puedo asegurarlo. Aquel hombre era el más casto y al mismo tiempo el menos desabrido de los sacerdotes; la firmeza, el espíritu de orden y el amor á la justicia que eran los principales elementos de su carácter, derramaban en su trato y en sus costumbres una serenidad patriarcal. Su hermana, digna y excelente mujer, distribuía las limosnas con discernimiento; su casa era un dechado de modestia, aseo y decoro, y era tal la vigilancia que ejercía el buen sacerdote en su parroquia, que no se veía en toda ella ningún malhechor ó vagamundo.

»En esto se apoyaban algunos filántropos imprudentes para decir que su conducta era más bien la de un inflexible juez que la de un apóstol misericordioso: aquellos hombres no querían comprender que hacía la guerra al vicio y que sólo aborrecía en los hombres la mancha de sus pecados.

»Por lo que á mí hacía, todo me agradaba en él, y más que nada aquel virtuoso rigor que desvanecía todas las dudas de mi conciencia y allanaba todos los obstáculos en la senda de mi vida; guiado por él, sentíame capaz de ser virtuoso como él. Sus consejos, sus estímulos y sus elogios me inundaban de una alegría celestial, y yo no temía buscar en un noble orgullo la fuerza que el hombre necesita para arrostrar las seducciones culpables. Exhortábame él á este sentimiento de estimación hacia mi mismo, haciéndome mirar como la más segura garantía contra la depravación de un siglo sin creencias.

»Cuando entré en la adolescencia, una vaga y desconocida inquietud vino á turbar la paz de mis sueños y el fervor de mis oraciones: así se lo confesé á mi preceptor, no como á sacerdote, sino como á mi amigo. Respondióme con franqueza y me reveló todos los secretos de la vida:

»—Si estuviérais destinado á la virginidad del sacerdocio—me dijo—procuraría prolongar vuestra ignorancia ó apagar con el temor los ardores de vuestra imaginación juvenil; pero el germen de las pasiones se revela con sobrada vivacidad para que yo trate nunca de apartaros del mundo adonde os llama el destino; todo consiste en dirigir bien las propias pasiones, para que sean fértiles en nobles pensamientos y en buenas obras.

»Entonces me pintó con vivísimos colores las dos especies de amor que mancillan ó purifican las almas; el halago del placer que, sin el otro amor, sólo conduce al embrutecimiento de la inteligencia, y el amor del corazón que une á los seres virtuosos y produce la unión santa del hombre y la mujer.

»Hablóme de aquella compañera de Adán, de aquella bendición del cielo enviada al sueño del primer hombre como el dón más hermoso que reservaba el Hacedor para coronar la grande obra de la creación: hablóme también de ese sér degenerado que, en nuestra sociedad corrompida, desmiente su celeste origen y embriaga al hombre con el veneno de la lujuria; fruto amargo y eterno del árbol de la ciencia.

»Los retratos de la mujer pura y de la mujer viciosa imprimieron en mi corazón de niño dos imágenes indelebles; una divina y coronada, como las vírgenes de nuestras iglesias, de una santa aureola; otra odiosa y horrible como un funesto ensueño. Que esta idea era errónea en su aplicación inmediata me parece indudable en el día; y, sin embargo, nunca he podido perder enteramente esta obstinada impresión de mi primera juventud. La fealdad del cuerpo y la del alma siempre me parecen inseparables á primera vista; y ver á la hermosura del rostro servir de máscara á la lepra del corazón, es cosa que me indigna como una doble impostura, que me aterra como un completo trastorno en el orden eternal del universo.

»Cuando volvieron á Francia los Borbones, volvieron mis padres de la emigración, y dejé con pena la rectoría para ir á



habitar el ruinoso castillo de mis mayores. Mi padre sacrificó sus últimos intereses para volver á entrar en posesión del solar que llevaba su nombre; pero nunca pudo recobrar más que una muy pequeña parte de las tierras inmediatas, y el sostén de su casa y de un parque que nada le producía, acabó de hacer precaria y triste nuestra

existencia. Esperé, no obstante, al principio gozar una felicidad, nueva para mí, en la intimidad de mi madre, cuyas caricias y tiernos desvelos eran los más dulces recuerdos de mi infancia. Todavía era hermosa á pesar de sus cincuenta años, y á un talento natural, despejado, unía bastante instrucción y no poco conocimiento del mundo; pero por una invencible fatalidad, nuestras opiniones diferían en muchos puntos. Verdad es que mi madre daba poquísima importancia á nuestras discusiones, como si no advirtiera la dolorosa impresión que me hacían; pero era muy duro para mí hallar en una mujer á quien hubiera querido tributar el más santo respeto, una ligereza de principios tan contraria á lo que yo esperaba de ella. Poco á poco la superficialidad con que trataba mi madre mis más caras creencias y la especie de irónica compasión que la inspiraba mi carácter, me hicieron ser algo más audaz y tratar de atraerla á mis ideas; pero entonces me impuso silencio con altivez y me reprendió agriamente lo que ella llamaba el pedantismo de la intolerancia. Mi padre nunca tomaba parte en nuestros altercados; casi siempre, dormido en su poltrona, sólo le interesaba su partida de los cientos que mi madre le hacía, es cierto, con infatigable dulzura; y con tal que nada

turbase su natural indolencia, á todas las caras y á todos los caracteres se avenía. Un conocido de la casa me hizo, casi á pesar mío, el triste favor de confiarme que mi madre había engañado más de una vez, en otros tiempos, á aquel marido demasiado bueno, y me aconsejó que anduviese más mirado y prudente en mis discusiones con ella. Dile gracias por el aviso y lo aproveché; comprendí que ya no tenía derecho para discutir, pues de hacerlo, hubiera sido arrogarme el de censurar la conducta de mi madre; pero limitándome á un frío respeto, sentí desvanecerse en mí aquel ciego cariño á que se dirigían todas mis esperanzas.

»Mis pesares me hicieron melancólico, adusto, y el fastidio se apoderó de mí; en aquel aislamiento del alma adquirí un hábito de disimulo y cautela que acabó de enajenarme el corazón de mis padres. Cruelmente me lo manifestaron cuatro ó cinco veces, y á la última tomé mi resolución; huí de su casa una noche, dejándoles una carta en que me disculpaba humildemente y les prometía que, cualquiera que fuese mi suerte futura, nunca tendrían que avergonzarse de mí. Púsememe en camino, á la casualidad, tristemente y casi sin recursos, no permitiéndome la estrechez en que vivían mis padres pedirles el menor sacrificio; esperé en la Providencia y también un poco en mi valor. Vuestra Alteza sabe lo demás y, merced á sus bondades, no he tenido que soportar mucho tiempo las fatigas y privaciones de un viaje.»

—Gracias te doy por tu confianza, Luís—dijo la princesa; —veo que tienes un noble corazón, pero déjame que te hable como amiga y reemplace á la madre que abandonaste; porque temo, hijo mío, que estés algún tanto contaminado, sin tú saberlo y á pesar tuyo, del espíritu de obstinación y orgullo de que con razón se acusa al clero de Francia. Ese cura de quien me has hablado, es sin duda un hombre virtuoso y franco, pero acaso no iban muy descarriados los que le acusaban de ser poco indulgente y misericordioso. No me gusta que se expulse de un país á los vagamundos y á los malhechores; más valdría tratar de fijar y dar ocupación á los unos, de corregir ó contener á los otros. Tu madre me parece una buena mujer que tú hubieras debido aceptar con sus virtudes y sus defectos, y aún te estimaría yo más si hubieras ignorado ó sumergido en profundo silencio los errores de su juven-

tud. No te alucines, amigo mío; ese carácter absoluto, esa fría costumbre de condenar en silencio y repeler para siempre y sin perdón todo lo que no se nos parece, puede muy bien hacernos culpables, peligrosos para los demás y aun para nosotros mismos. Ya ves lo que tú has sufrido, y seguramente tu madre, por muy insustancial que sea, habrá llorado tu partida y sus motivos. ¿La das alguna vez al menos noticias tuyas?

—Sí señora—respondió Saint-Julien.

—Bien hecho, hazlo siempre así—repuso—y afánate por lograr que el lenguaje de tus cartas la haga olvidar la acerba pesadumbre que le has dado. En todo caso—añadió la princesa poniéndose en pie y presentándole su mano—bien habéis hecho en decirnos todas esas cosas, señor conde; así conoceremos mejor el respeto que debemos á vuestras desgracias. Hijos míos—dijo á los otros dos testigos de aquella escena—tenéis demasiado talento y delicadeza para no conocerlo también: el corazón de San-Giuliano no es de la misma edad que el vuestro y no debéis tratarle cual á un niño como vosotros. Y tú, Luís—dijo volviéndose al joven conde—preciso es también que hagas alguna concesión á su juventud y procures distraerte con ellos: unidos consagraremos todos nuestros esfuerzos á crearte un porvenir mejor que lo pasado, y si no lo logramos, prueba será de que la amistad es insuficiente y de que tu alma no olvida!

Siendo ya llegada la hora en que debía presentarse por primera vez, después de su vuelta, á toda su corte reunida, púsose la princesa sobre su traje de seda un ropón de terciopelo bordado de oro y forrado de martas cibelinas. Tomó el paje su abanico de plumas de pavo real, y entregó á Saint-Julien un libro espléndidamente encuadernado, en que debía apuntar las solicitudes presentadas á la soberana. La Ginetta, que tenía privilegios especiales, se mezcló á tres grandes señoras austriacas que, por derecho de nobleza, tenían el honroso cargo de presentarse en público como criadas de su Alteza.

Luego que la princesa hubo recibido los homenajes de sus aduladores, presentóles su secretario particular el conde de Saint-Julien; en el tono en que lo hizo, conocieron todos que no era al pie de la letra el que veían un sucesor del abate Scipione y que era preciso conducirse con él de otra manera.

Tanto le acosaron á protestas y rendimientos, que el pobre joven quedó como atontado: muy distante estaba ciertamente de haber concebido tan alta idea de su destino.

—Á fe mía que no me tratarían mejor—se decía—si fuese el esposo de la princesa; y, sin embargo, bien deben saber en qué equipaje llegué á esta corte.

Viendo entonces cuán bajos y rastreros son los hombres, ante todo el que obtiene la privanza del amo, se admiró de haber sido tan tímido.

—¿Dónde está—decía—aquella grandeza que yo soñaba? ¿Dónde están aquellos hombres generosos que sostienen la dignidad de su clase con nobles acciones y tienen el corazón noble y altivo como la divisa de sus ilustres ascendientes? ¿Son tan raros los verdaderos nobles como los verdaderos talentos?

Celebráronse en el mismo día las bodas del ayudante de campo Lucioli con la lectora mistress White. Gran motivo de admiración fué para Saint-Julien ver á aquel gallardo joven casarse con una solterona de humilde esfera y cortisimos alcances; pero nadie participó de su sorpresa: Quintilia dotaba magníficamente á la dueña, con lo que podría Lucioli en lo sucesivo satisfacer su ridícula vanidad y ostentar un lujo insolente. Muy reconciliado estaba, pues, el novio con su situación, y hallaba en el continente grave de su princesa más indulgencia para su amor propio de lo que había esperado.

Presidió, en efecto, la Cavalcanti aquella escena con imperturbable sangre fría: imposible era sospechar en vista de su aire austero y maternal, que se ocupaba en divertirse seriamente á costa de una víctima insolente y villana. En ningún rincón de la capilla se divisó la más leve sonrisa: los labios de Quintilia estaban inmóviles y apretados como los de un matemático que resuelve interiormente un problema difícil; sin embargo, todavía desconfió el conde de aquella afectación, y cuando hacia la media noche se reunió la princesa en su cuarto con él, la Ginetta y Galeotto, no le asombró en manera alguna la escena de que fué testigo. La Ginetta, apretándose la boca con el pañuelo, parecía esperar en violenta impaciencia permiso para soltar la presa, cuando Quintilia, dejándose caer cuan larga era sobre la alfombra, la dió el ejemplo de una risa inextinguible y casi convulsiva. El paje

completó el terceto, y Luis quedó embobado contemplándolos hasta que, moderadas un tanto las risotadas, un fuego graneado de sarcasmos y de observaciones cáusticas vino á hacerle conocer que había presenciado la más solemne y majestuosa mojiganga de que puede ser víctima ó bufón un amante desdenado ó caído.

—Eso no me gusta—dijo al paje cuando se hallaron solos en su cuarto:—ó ese Lucioli es un pobre sandio á quien chasquean sin compasión, ó es un miserable que se consuela con dinero y á quien sería mucho mejor plantar en la calle.

—Paréceme—dijo el paje en tono seco y formal—que os metéis á criticar la conducta de nuestra bienhechora, y si es así, también yo os diré, señor conde, que *eso no me gusta*.

—Poneos en mi lugar—dijo Luis algo confuso;—¿no pensaríais, viendo cosas tan extrañas, que la princesa es muy cruel con los que osan elevarse hasta su altura, ó muy inconstante con los que á ella hace subir por un momento?

Respondió el paje á estas razones con una carcajada; mas volviendo inmediatamente á su anterior formalidad, salió de la estancia diciendo á Saint-Julien:

—Amigo mío, ni la fidelidad ni la prudencia admiten el espíritu de análisis.

VI



El día siguiente llamó la princesa á su secretario y se encerró con él en su gabinete. Mil proyectos la ocupaban; quería introducir notables economías en su lujo, fundar un nuevo hospital, cercenar las riquezas de un cabildo, escribir un tratado sobre la economía política y otras muchas cosas más; Saint-Julien quedó pasmado y creyó por un momento que no bastaría ni aun para plantearlas toda la vida de un hombre; pero sentó ella con tanta exactitud los puntos principales, dióle explicaciones tan concisas y luminosas, que pronto empezó á ver claro en lo que había tomado al principio por el caos de una cabeza mujeril. Antes de despacharle, le confió un trabajo bastante difícil que debía presentarle acabado el día siguiente, y de que quedó contenta aunque hizo en él numerosas enmiendas y anotaciones.

Muchos meses emplearon en disponer y llevar á cabo aquellos trabajos. Durante todo este tiempo estuvo la princesa encerrada en su palacio; se suspendieron todas las diversiones y besamanos, estuvieron las calles silenciosas, y no iluminó las fachadas el resplandor de las hachas. Quintilia, vestida de un largo ropón de terciopelo negro y recogido su hermoso cabello bajo una toca á lo María Stuardo, parecía